La familia que hizo un imperio en Ingeniero Budge

Carolina Bravo

La portada de este Trabajo Final de Grado exhibe dos fotografías. Una de ellas fue tomada en la madrugada del 5 de agosto de 2024 y captura el reflejo de la feria de La Salada sobre el Riachuelo, visto desde el lado del Mercado Central. Aún no ha amanecido, pero la feria, que se despierta antes de que salga el sol, ya está activa. Su luz es la única que se destaca entre toda la oscuridad. Para llegar a ese punto, fue necesario atravesar las calles internas del predio y luego avanzar por la avenida Camino de la Ribera. Después, cruzar un puente precario, sin ninguna garantía de seguridad, donde un mal paso podría significar una caída al agua espesa y marrón del Riachuelo.

El trayecto es un desfile de figuras anónimas. Gente encapuchada que camina con la mirada vacía. Hombres y mujeres que avanzan con bolsos enormes sobre la espalda. Señoras que llevan a sus bebés atados a su espalda con mantas coloridas, aseguradas con nudos firmes, mientras sostienen bolsas de nylon en sus pequeñas manos. Más adelante, una clienta muestra el cuchillo Tramontina que guarda en su morral y que no teme utilizar en su defensa si alguna vez lo necesita.

Cruzar el puente es un acto de valentía. No hay cifras exactas de cuántas personas lo atraviesa en cada feria, ya que el número varía según la temporada y está mezclado entre feriantes y clientes. Al otro lado del río Matanza, por el viejo puente de hierro que en sus buenos tiempos fue seguro, se llega a la calle Ribera o Camino de la Ribera, según hacia donde se dirija uno tras el cruce. Allí, un camino de tierra y basura, conduce a uno de los estacionamientos improvisados del Mercado Central.

Algunos clientes consideran que es un buen lugar para estacionar el auto al visitar La Salada. Afirmando que es seguro y permite salir directo al Puente La Noria, además, siempre hay trapitos que, por unos mangos, se ocupan de cuidarlos.

La travesía de regreso al predio, luego de tomar las fotos, se repite pero a la inversa. Aunque los rostros son diferentes, son todos iguales llenos de desesperanza calcada en cada expresión, cuerpos gastados por el cansancio, miradas apagadas que se pierden en el vacío. Son caras sin sonrisas, labios caídos por la rutina. No hay nada que festejar. Esta es la vida que les tocó.

Feria de La Salada y su reflejo en el Riachuelo.
Madrugada del 5 de agosto del 2024.

La segunda foto fue tomada el 15 de agosto de 2024. Ese día se suspenden todas las actividades de la feria y se celebra el día de la Virgen de Urkupiña. Esta celebración, comienza con una misa luego sigue un saludo a la virgen, a los organizadores del evento, la familia Saravia y a los pasantes de turno ya que todos los años cambian. Se le llama pasantes a las personas o familias que asumen la responsabilidad principal de organizar y financiar diversas actividades de la festividad en honor a la Virgen. Como, por ejemplo, los trajes típicos que se usan ese día o la comida que se sirve a la noche y el alcohol que se reparte en cantidades industriales.

Pero más que devoción a la virgen todo es un negocio. Se cobra 800 dólares por bailarín y son más de 300 los que participan. La recaudación supera los 240.000 dólares. Si la vestimenta de todos los bailarines cuesta 100.000 dólares, los pasantes se quedan con aproximadamente 14.0000 dólares, en

mano y en negro. Para este evento se compran 600 cajones de cerveza aproximadamente. Si el cajón vale 17.000 pesos, se abona 10.200.000 pesos por los 600 cajones. Pero el día de la fiesta, se venden a 45.000 cada cajón, quiere decir que nuevamente hay ganancia para quien se ocupa de la organización. Son 25.800.000 pesos de ganancia en mano y en negro. Ese es el principal motivo por el cual siempre es la familia Saravia la que organiza la fiesta.

Después, hay un desfile por fuera de La Salada de las diferentes fraternidades de baile que se juntan para celebrar, por lo general son los mismos feriantes de Urkupiña. Ese día la policía corta las calles y el tránsito para que la procesión de la imagen de la virgen y las comparsas de las diferentes fraternidades, bailen y se desplacen por todo el predio, por las calles internas y externas, por eso, la policía bonaerense corta las calles, así como sucede en San Isidro el día de San Isidro Labrador.

En la foto están los pasantes de este año, David Saravia y su esposa Vilma Soliz. También aparecen los hermanos Saravia, Richard, Ramiro, Ruth y Mery Natividad Saravia Rodríguez. Con una mano sobre su hombro y con lentes de sol, como aparecerá casi siempre, está Claudio Ramírez, pero todos lo conocen como El Chileno. Actualmente es la pareja de Mery.

Vestido todo de negro, también está Enrique Quique Antequera. Hoy conocido por el apodo de Número Uno, dentro de la feria. El único ausente es Gonzalo René Rojas Paz, que murió en la cárcel de Ezeiza el 19 de noviembre de 2001. Apareció ahorcado dentro de su celda, una celda que por las dimensiones todo indica que no se pudo haber ahorcado solo, pero nadie quiere dar detalles sobre esto. El certificado de defunción decía: Deceso por ahorcamiento.[1]

René, Quique y Mery se conocieron en 1989, cuando cada lunes vendían su mercadería al costado de la autopista Ricchieri, en Puente 12. René y Mery vendían lencería traída desde Bolivia, mientras que Quique, de nacionalidad argentina, vendía camisas símil Polo Ralph Lauren que importaba en avión desde Bolivia, ya que le resultaba más barato que confeccionarlas en el país.

[1] Cecchi, H. (2001/20/11) Una epidemia de extraños suicidios en una cárcel. Página 12 https://www.pagina12.com.ar/2001/01-11/01-11-20/pag16.htm?utm_source

Antes de asentarse en puente 12, se reunían en las inmediaciones del Mercado Central, pero la policía los desalojaba periódicamente. Esa persecución era constante para ellos y para los 500 inmigrantes que también vendían su mercadería, ropa, comida y bebidas originarias de su país. Con el tiempo, debieron abandonar Puente 12 y conseguir otro predio. Para entonces, René, con tan solo 26 años, se había convertido en una suerte de representante de sus paisanos, no solo porque se expresaba con claridad, sino porque sabía defender los derechos de los feriantes. Su rol era clave cuando la policía llegaba a exigir coimas, de no pagar, les incautaban la mercadería. En ese contexto, René se acercó a Quique que también tenía 26 años, ya que siempre venía bien si había que firmar algún papel, lo firmara un argentino. Después de todo, eran 500 inmigrantes intentando hacer negocios de venta ilegal de sus productos y comida.

Un día, cansados de enfrentar a la policía, encontraron un terreno abandonado en Ingeniero Budge, donde estaban las piletas de La Salada, un complejo que había tenido su época dorada entre finales de los cuarenta y la década del setenta, durante el peronismo. Vieron en ese espacio una oportunidad para establecerse definitivamente. Consiguieron alquilar el lugar para vender cada lunes y, al estar dentro de un predio privado, la presión policial disminuyó. Fue así como René y Quique comenzaron a recolectar el dinero para el alquiler, puesto por puesto. Con el tiempo, el dueño del predio les ofreció vendérselos y ellos aceptaron. Y es acá donde comienzan las primeras diferencias con los otros vendedores, porque René, Mery y Quique les dijeron a los feriantes que iban a comprar el lugar entre todos. Los demás confiaron en la palabra, pero cuando se repartieron los lugares las cuentas no dieron. René, Mery y Quique terminaron siendo dueños del mayor porcentaje de puestos, mientras que el resto de los vendedores obtuvo una minoría. La duda es ¿de dónde sacaron ellos tres tanta plata para pagar más de la mitad del lugar, si apenas tenían dinero para subsistir y por eso, vendían sus cosas sobre una manta sobre la tierra cada lunes?

Han pasado 34 años y 34 días de la virgen. Hoy, la familia Saravia posee una pequeña Catedral dentro de Urkupiña, un recinto que se abre solo para celebraciones especiales o privadas. Algunos testigos cuentan que en el

subsuelo de esa Catedral hay fajos de dinero y polvo blanco que nunca será declarado. En la superficie, la luz que se filtra por las cruces en la pared baña el espacio con una solemnidad ineludible como debe ser en la casa de Dios. En el centro se ubica la familia con mirada firme y cuerpos erguidos, como quien sabe que la historia también se escribe con gestos.

Los hombres visten trajes iguales y coronan sus cabezas con sombreros que parecen ecos de otra época, de otra geografía. Las mujeres, envueltas en sus vestidos de cholitas —faldas amplias, superpuestas en un equilibrio de peso y prestigio — sostienen en el rostro la mezcla justa de orgullo y devoción. Detrás de ellos, la Mamita —como llaman a la Virgen María — los observa desde el altar, rodeada de flores, velas eléctricas made in China, y de esa mística que solo poseen las figuras que han acompañado generaciones enteras.

El niño, de traje azul y corbata, se aferra a la ceremonia con la naturalidad de quien ha heredado un rito. La fotografía es un instante suspendido, una estampa de lo que se ve y de lo que no se ve. Los rezos que no quedaron en la imagen, el murmullo contenido, el peso de la tradición que se transmite más en los silencios que en las palabras.

Afuera, el día no es caluroso, la temperatura ronda los 13ºC y una brisa fresca del noreste murmura entre los pasillos de la feria. Pero aquí, en el centro de la escena, poder, fe y memoria se entrelazan en una misma pose, ajenas al paso del tiempo.

Familia Saravia junto a Quique Antequera. Catedral Nuestra Señora de Urkupiña que se encuentra dentro del predio ferial en la celebración del 15 de agosto 2024.

Raíces y ausencias. Un 15 de agosto en la feria Urkupiña

Aunque la misa estaba programada para las diez de la mañana, la gente llegó a su propio ritmo, como si el tiempo dentro de la feria tuviera otra cadencia. La pequeña Catedral, más capilla que templo por su tamaño, se fue llenando poco a poco de fieles. Dentro y fuera de ella, en cada rincón, la imagen de Gonzalo René se impone con un inmaculado smoking blanco, el cabello negro y brillante, detenido para siempre en una gran fotografía. Debía tener menos de 38 años en esa imagen, la edad en la que lo mataron en la cárcel de Ezeiza.

Gonzalo está en todas partes. En los carteles, en las paredes, en cada celebración. Su rostro aparece en las carpetas de los animadores, en las canciones, las oraciones, en estampitas, en las invitaciones de cada evento y en la procesión de la virgen. Allí está Gonzalo, en la foto y en la memoria de todos, una memoria imposible de borrar.

Alrededor de las 10:30, llegó quien llevaría adelante la ceremonia religiosa, el Monseñor Luis Bergonzi Moreno, Obispo Primado de la *Iglesia Católica Apostólica Argentina (ICAA)*. Esta iglesia surgió en 1971 en Buenos Aires de la mano del arzobispo primado Leonardo Morizio Domínguez, como un movimiento derivado de la *Iglesia Católica Apostólica Brasileña (ICAB)*. Según la historia el *ICAB* nació en 1945 tras la excomunión de su fundador, el

sacerdote San Carlos Duarte Costa, por el papa Pío XII. Aunque la Iglesia Católica Apostólica Romana no lo reconoce como santo, dentro de la *ICAB*, es venerado como santo y se lo conoce como San Carlos de Brasil. Este movimiento se distingue por no reconocer la autoridad del papa, celebrar la liturgia en lengua vernácula, permitir que sus sacerdotes se casen y no imponer restricción a los separados y divorciados para recibir los sacramentos.

Esta es la iglesia que Mery Saravia instaló dentro del predio de la feria. No se sabe si lo hizo por devoción, para utilizar el subsuelo cómo depósito o para tener un lugar cerca donde venerar a Gonzalo.

Desde el comienzo, la misa es un viaje a siglos pasados. El obispo y los sacerdotes avanzan lentamente por la nave, como una novia en su boda. A diferencia de una misa tradicional, que comienza con el sacerdote parado en el altar, aquí la procesión es solemne y pausada. La música acompaña el momento: no hay un coro ni guitarras, sino el sonido de un órgano con melodía sacra. Se nota que los parlantes también son del siglo pasado, porque se escuchan muy mal. En algunos momentos, la liturgia se celebra *ad orientem*[2] con el obispo de espaldas a los fieles y mirando hacia el altar.

El Monseñor lleva una sotana gris, una especie de mantilla blanca sobre ella y una capa y sombrero rojos que denota su jerarquía sobre los demás sacerdotes, quienes visten sotana y alba blancas como *dress code*. En la parte del ala izquierda de la nave, hay un cuadro de Gonzalo. Esta vez con smoking negro junto a tres adolescentes con trajes blanco y gorras. Los cuatro son Saravia y están muertos por un ajuste de cuentas contra la familia. Gonzalo murió ahorcado en la cárcel de Ezeiza. Los otros tres, hijo y sobrinos de Mery, fueron emboscados y asesinados en su casa de Cañuelas, mientras les incendiaban la casa con ellos adentro. Temas como coimas, no transar, droga,

[2] En 1969, con la reforma litúrgica impulsada por el Concilio Vaticano II, se promovió la celebración "versus populum" (hacia el pueblo). Este cambio buscaba mayor participación de los fieles y reforzar el sentido comunitario de la Eucaristía. Hoy en día, algunas iglesias tradicionales aún conservan la misa "ad orientem", pero la mayoría de las celebraciones se hacen mirando a los fieles.
Fuente: Liturgia Papal (s.f.), La celebración *ad orientem. Liturgia Papal.* https://liturgiapapal.org/index.php/manual-de-liturgia/acciones-ceremoniales/311-la-celebraci%C3%B3n-ad-orientem.html

narcotráfico y mafia, están intrínsecamente ligados a las desgracias de esta familia.

En los primeros bancos está sentada lo que queda de la familia Saravia. Detrás de ellos, el pueblo. Los fieles que los veneran como santos de su buena fortuna. Después de todo, sus familias no sería lo que hoy son sin la bendición de Gonzalo, Mery y Quique.

CANOA La revista cultural de la USI | ISSN 2953-5719 | Año III | N° 5 | pp. 12-29

Monseñor Luis Bergonzi Moreno, Obispo Primado de la Iglesia Católica Apostólica Argentina encabeza la celebración a la Virgen de Urkupiña. 15 de agosto 2024.

Familia Saravia en los primeros bancos, con la imagen de Gonzalo, hijo y sobrinos presentes a través de la fotografía. Misa del 15 de agosto 2024.

Al finalizar la ceremonia, la imagen de la Virgen es trasladada al exterior de la catedral y dispuesta para la procesión. Lo que sigue es un momento de

CANOA La revista cultural de la USI | ISSN 2953-5719 | Año III | N° 5 | pp. 12-29

profunda reverencia. Los fieles se acercan a saludar a la Virgen y a la familia Saravia, que aguarda de pie en la cima de la escalera. Luego, los bailarines se preparan y comienza el desfile de las fraternidades a lo largo del predio. Más tarde, la procesión saldrá a recorrer las calles externas de La Salada, llevando consigo la devoción y el ritmo de la festividad. Este año, el clima está de su lado, en otras ocasiones, la lluvia obligó a realizar el recorrido dentro de la feria.

Familia Saravia a la espera del saludo de los fieles, quienes se acercarán uno por uno para compartir un momento de respeto y devoción. 15 de agosto 2024.

Cinco autos decorados con mantas coloridas y la bandera de origen avanzan al frente. Están cubiertos completamente por bandejas, platos, cubiertos de plata, oro y bronce, ositos de peluche y billetes enganchados con alfileres. Son como carrozas, abriendo paso al resto. Detrás siguen los pasantes 2024, cada uno con un peluche gigante colgado al cuello y una banda que cruza del hombro a la cintura, con los colores de la bandera de Bolivia sobre la se puede leer el apellido bordado. El peluche, símbolo de prosperidad y alegría, representa la responsabilidad que asumen como anfitriones de la fiesta, una muestra de ofrenda y compromiso con la comunidad.

Más atrás, la familia Saravia y Antequera, encargados de llevar la estatua de la Virgen que viste un vestido celeste adornado con encajes y billetes pegados en su manto, símbolo de las promesas y ofrendas de los fieles. Una empleada

de la feria sostiene con firmeza un cuadro con la imagen elegante de Gonzalo, sin embargo, ella viste un chaleco gris y amarillo, sobre una remera celeste y un pantalón deportivo lila que contrasta con la formalidad de algunos asistentes, pero refleja la diversidad de quienes participan en la celebración. En el suelo, los restos de papel picado y un pequeño brasero con cenizas evidencian que se ha realizado la quema de k´oa, acción que forma parte de la conexión entre la religiosidad popular y las creencias andinas y sirve como purificación y agradecimiento.

La seguridad observa con atención a cualquier extraño que se acerque a la dama de hierro de La Salada. Por detrás, las reinas de este año se mueven al ritmo de la música, una joven hermosa, de piernas eternas, mirada sensual y pollera corta, es Sabrina Saravia la hija menor de Richard y sobrina de Mery. La otra, no tan joven, con pollera más larga, zapatos con un pequeño taco bajo, una banda cruzada sobre su hombro y mirada de reina, que refleja la experiencia de los años, se llama Silvia Tola y no es muy conocida.

La luz del sol baña toda la escena, realzando cada pliegue de las coloridas polleras y los diferentes trajes de los hombres.

CANOA La revista cultural de la USI | ISSN 2953-5719 | Año III | N° 5 | pp. 12-29

La imagen de Gonzalo René Rojas Paz siempre está presente. A su espalda se ubica la Virgen que es cargada por la familia Saravia y Quique Antequera.

La policía Bonaerense corta las calles externas del predio, para la procesión de la Virgen. 15 de agosto de 2024.

CANOA La revista cultural de la USI | ISSN 2953-5719 | Año III | N° 5 | pp. 12-29

David Saravia y Vilma Soliz, pasantes 2024 encabezan la procesión.
15 de agosto de 2024.

Los músicos no permiten que el silencio se haga espacio. Mariachis, grupos folclóricos y una banda marcan el compás de la peregrinación con un estruendo festivo. Al final de la procesión, aparecen los bailarines de la fraternidad artística y cultural Morenada Real Urkupiña. Avanzan con pasos firmes y giran coordinados, como si un latido común guiara cada movimiento.

Grupo de K'antus. Un estilo de música andina tradicional.

CANOA La revista cultural de la USI | ISSN 2953-5719 | Año III | N° 5 | pp. 12-29

Conjunto de Mariachis. 15 de agosto de 2024.

CANOA La revista cultural de la USI | ISSN 2953-5719 | Año III | N° 5 | pp. 12-29

Se cree que quien decora el auto de esta manera contribuye a que la Virgen bendiga tanto el vehículo como a quienes lo manejan. La vajilla simboliza la abundancia, los peluches la alegría y el dinero la prosperidad. 15 de agosto de 2024.

Izquierda y Derecha: parte de la morenada Real Urkupiña en la fiesta de la Virgen. 15 de agosto de 2024.

Sabrina Saravia finalizando la procesión. 15 de agosto de 2024.

Lo que sigue es cerveza en cantidades industriales y comida de paisanos. No importa el clima. En Argentina, los platos de alto contenido calórico no se eligen para combatir el frío, se comen por costumbre, como si el cuerpo exigiera esa reserva de energía incluso en verano. Un plato puede combinar papa, arroz, fideos y una salsa de tomate espesa. También hay fricasé de cerdo, donde la carne se mezcla con chuño, maíz blanco, tunta y ají licuado, liberando un aroma profundo y especiado. O saice, un guiso de carne picada con papa, arvejas, chuño rebozado en maíz licuado, bañado en una salsa de tomate y bien condimentado. Otro plato puede incluir carne de cerdo con papa, batata, plátano, choclo y un poco de ensalada para decorar, como si la frescura intentara equilibrar lo contundente. La comida es más que alimento, refuerza el lazo con la identidad, con el origen.

El exceso de alcohol en sangre se hace evidente cuando las primeras peleas se dan entre paisanos. Un golpe mal medido, una nariz rota porque alguien se

propasó con la mujer equivocada. Otro, con la mano vendada, después de defender el honor de su esposa a puro puño. Y cuando la madrugada avanza, todos vuelven a casa sin la conciencia de que no deberían hacerlo. En el camino, alguien abre la puerta de la Sprinter blanca y vomita con el vehículo en movimiento. Que esa noche nadie termine muerto en la ruta es, simplemente, un milagro.

****

CANOA La revista cultural de la USI | ISSN 2953-5719 | Año III | N° 5 | pp. 12-29